

Benvenuto y los suyos permanecían, arcabuz en mano, dispuestos á disparar contra el primero que apareciese sobre la muralla; pero no se vió á nadie. El palacio de Nesle parecía defendido por una guarnición invisible, y Cellini se desesperaba por no poder auxiliar al bravo alemán. De pronto miró hacia la antigua torre de Nesle, que, como ya hemos dicho, estaba al otro lado del muelle, y exclamó:

—Espera, Hermann; el palacio de Nesle es nuestro ya, tan cierto como que me llamo Benvenuto y que soy orfebre.

Luego hizo seña á Ascanio y á dos de sus compañeros para que le siguieran, y se encaminó á la torre, en tanto que Hermann, obedeciendo las órdenes de su maestro, retrocedía cuatro pasos y cogía la viga como si fuera una alabarda, para esperar, fuera del alcance de las piedras, la realización de las promesas de su general.

Según lo previsto por Benvenuto, el preboste había olvidado cerrar la entrada de la antigua torre; el orfebre se apoderó, pues, de ella sin resistencia, y subiéndole las escaleras de cuatro en cuatro, llegó rápidamente á la azotea, que dominaba las murallas del palacio, del mismo modo que un campanario domina las casas de una ciudad; así que los sitiados, que poco antes estaban al abrigo de las miradas de los sitiadores, detrás de las murallas, quedaron al descubierto.

Retumbó un arcabuzazo; silbó una bala; cayó muerto un soldado, y de este modo fué advertido el preboste de que iba á cambiar la situación por completo.

Al mismo tiempo, Hermann, comprendiendo que iban á dejarle el campo libre, volvió á levantar la y á golpear con ella la puerta, que durante aquella especie de tregua habían reforzado por dentro los defensores del palacio.

La multitud había comprendido con su admirable instinto de conservación que iba á comenzar la batalla á tiros, y que tal vez alguno de los espectadores tuviera que sentir, y al oír la detonación del arcabuzazo disparado por Benvenuto, se dispersó como una bandada de palomas.

Sólo permaneció allí un individuo: era Santiago Aubry, el curial, que en su esperanza de jugar el partido de pelota al cual le había convidado Ascanio el domingo precedente, acudía á la cita. Le bastó con dirigir una mirada al campo de batalla para hacerse cargo de la situación. La actitud que había de tomar Santiago Aubry, dado su carácter, que ya conocemos, no ofrecía duda; lo mismo le daba jugar á la pelota que batirse, y comprendiendo que sus amigos eran los sitiadores, se puso de su parte.

—¿Qué es ello?—exclamó acercándose al grupo, que sólo esperaba que fuese derribada la puerta para entrar en el palacio—. ¿Estáis sitiando á Nesle? ¡Ahí es nada! Pero me parecéis muy pocos para un empeño de tanta importancia.

—No estamos solos—contestó Pagolo, que seguía vendándose el talón herido. Y señaló con la mano á Benvenuto y á sus tres ó cuatro compañeros, que desde lo alto de la torre disparaban contra la muralla.

—Comprendo, comprendo, señor Aquiles—dijo

Aubry—. Y os llamo así, porque tenéis muchas semejanzas con el personaje de este nombre, aparte la herida del talón. Ya veo á mi camarada Ascanio y al maestro, sin duda, en lo alto de la torre.

—Ellos son, en efecto.

—¿Y aquel otro que aporrea tan violentamente la puerta? ¿Es también de los vuestros?

—Es Hermann—dijo Juan con orgullo.

—¡Pardiez! ¡Qué bien lo hace! Tengo que felicitarle.

Y se acercó á él con las manos en los bolsillos, sin cuidarse de las balas que silbaban por encima de su cabeza.

—¿Necesitáis algo, señor Goliat? Aquí estoy á vuestras órdenes.

—Tengo sed—dijo Hermann sin interrumpir su trabajo.

—Lo comprendo; estáis ocupado en una faena capaz de sofocar á cualquiera, y yo celebraría mucho tener á mi disposición un tonel de cerveza para ofrecérselo.

—Agua, dadme agua.

—¿Os conformáis con esa clase de líquido? Pues bien fácil es complaceros, porque el río está ahí al lado. Antes de dos minutos vais á estar servido.

Echó á correr Aubry hacia el Sena; llenó de agua su gorro, y se lo llevó al alemán. Este, sin soltar la viga, bebió todo el líquido que contenía el gorro, y se lo devolvió á Santiago.

—Gracias—dijo, volviendo á continuar su trabajo, que interrumpió poco después para rogar á su interlocutor:

—Hacedme el favor de comunicar al maestro que conviene que se prepare, porque esto va avanzando.

Encaminóse Santiago Aubry á la torre, y un momento después se encontraba entre Ascanio y Benvenuto, que habían continuado disparando tan certeramente, que ya habían puesto fuera de combate á dos ó tres de los soldados del preboste, logrando que los demás se resistieran á subir á la muralla.

Pero, como según lo había dicho Hermann, la puerta estaba á punto de ceder, el preboste resolvió intentar el último esfuerzo, y animó á sus hombres con tanta eficacia, que volvió á caer la lluvia de piedras.

Dos arcabuzazos calmaron en el acto el ardimiento de los defensores del palacio, que se negaron á obedecer á su jefe, visto lo cual por Roberto de Estourville, subió él mismo, y cogiendo con ambas manos una enorme piedra, se dispuso á dejarla caer sobre Hermann. Pero Benvenuto no era hombre que se dejara sorprender, y apenas vió al imprudente que se arriesgaba á subir allí donde nadie se atrevía á presentarse, se echó el arcabuz á la cara y apuntó. El preboste podía darse por muerto, y lo hubiera sido á no ser porque en el mismo momento en que Cellini apretaba el gatillo, Ascanio, dando un grito, desvió el arma y el tiro fué á perderse en el aire.

Ascanio había reconocido al padre de Colomba.

En el preciso instante en que Benvenuto, enfurecido, iba á pedir á Ascanio explicación de lo que acababa de hacer, la piedra arrojada por el preboste cayó á plomo sobre el casco de Hermann. Por mucha que fuese la fuerza del moderno Titán, no podía re-

sistir á aquel nuevo Pelión; soltó la viga que tenía en las manos, abrió los brazos como buscando un apoyo y se desplomó al suelo con estrépito.

Sitiados y sitiadores lanzaron al mismo tiempo un grito: Juan y los tres ó cuatro compañeros que estaban cerca de Hermann precipitáronse en su socorro, pero no pudieron llegar oportunamente. Se abrió la puerta del palacio, y el preboste, al frente de quince hombres, se acercó al herido, se apoderó de él é hizo retroceder á los que pretendían auxiliarle. Fueron precisos ocho hombres para cargar con Hermann; los otros siete protegieron la retirada, y así ocurrió que mientras Cellini, Ascanio, Aubry y los demás que estaban en la torre bajaron los cinco pisos para acudir en socorro de Hermann, éste, conducido por sus vencedores, entraba en el palacio de Nesle, cuya puerta se cerró inmediatamente.

No podía ocultarse que aquello era un fracaso, y un fracaso grave. Cellini, Ascanio y sus compañeros habían logrado poner fuera de combate á tres ó cuatro de los soldados del preboste; pero la pérdida de Hermann significaba para nuestros amigos mucho más de lo que suponía para el preboste la pérdida de la quinta parte de sus fuerzas.

Entre los sitiadores hubo un momento de estupor. De pronto se miraron Cellini y Ascanio.

—Tengo un proyecto—dijo el primero, dirigiendo sus miradas hacia la izquierda, es decir, hacia el lado de la ciudad.

—Yo también—dijo Ascanio, mirando hacia la derecha, es decir, hacia el campo.

—He encontrado un medio de hacer salir á la guarnición.

—Pues si hacéis salir á la guarnición, yo me comprometo á abrirlos la puerta de Nesle.

—¿Cuántos hombres necesitas?

—Con uno me basta.

—Escoge.

—Aubry—dijo Ascanio—. ¿Queréis venir conmigo?

—Aunque sea al fin del mundo, querido amigo. Sólo os diré que no me estorbaría llevar un arma cualquiera, aunque no fuera más que un pedazo de espada ó un puñalito; cuatro ó cinco pulgadas de hierro que poder clavar á alguien si se presenta la ocasión.

—Pues bien—dijo Ascanio—, coged la espada de Pagolo, que no puede utilizarla, puesto que, como véis, con una mano se sujeta el talón y con la otra se persigna.

—Y aquí tenéis—añadió Cellini—para completar vuestro armamento mi propio puñal. Herid con él, pero no lo dejéis clavado en la herida, si no queréis hacer un regalo soberbio á aquel á quien hiráis, porque la empuñadura está cincelada por mí y vale bastante más de cien escudos de oro.

—¿Y la hoja? No dudo que la empuñadura sea de mucho valor; pero lo que me interesa en estos momentos es la hoja.

—La hoja no tiene precio—contestó Benvenuto—. Es la misma con que maté al asesino de mi hermano.

—¡Magnífico!—exclamó el curial—vamos, Ascanio.

—Vamos—dijo éste, arrollándose al cuerpo cinco

ó seis brazadas de cuerda y echándose al hombro una de las escalas.

Los dos atrevidos jóvenes bajaron por el muelle, volvieron á la izquierda y desaparecieron por el ángulo de la muralla del palacio de Nesle, al otro lado de los fosos de la ciudad.

Dejemos á Ascanio intentar su plan y veamos cómo realizaba el suyo Cellini.

Lo que él miraba cuando dirigió sus ojos hacia la izquierda era dos mujeres que en el centro de un grupo de curiosos se mantenían á respetable distancia del lugar de combate. Había creído reconocer en ellas á la hija del preboste y á su dueña. Y, en efecto, eran Colomba y la señora Perrine, que, terminada la misa, regresaban al palacete, y asustadas por lo que habían oído decir, como por lo que veían por sus propios ojos, se habían detenido temblorosas entre la multitud.

Apenas advirtió Colomba que existía entre los combatientes una especie de tregua que la dejaba el paso libre, impulsada por la intranquilidad que le inspiraba el peligro de su padre, y á pesar de las advertencias y las súplicas de la señora Perrine, se encaminó apresuradamente al palacio, dejando á su dueña en libertad de permanecer en donde estaba; pero como la señora Perrine quería muy de veras á Colomba, por mucho que fuese su miedo, se resolvió á acompañarla. Ambas se destacaron del grupo en el mismo momento en que Ascanio y Santiago Aubry daban la vuelta al ángulo de la muralla.

Fácil es comprender en qué consistía el proyecto de Benvenuto Cellini. Cuando las vió acercarse al palacio salió á su encuentro, y ofreciendo galantemente el brazo á Colomba, dijo:

—No temáis nada, señorita; si queréis aceptar mi brazo os llevaré junto á vuestro padre.

Colomba tuvo un momento de vacilación; pero la señora Perrine, apoderándose del otro brazo de Cellini, aunque él no se lo había ofrecido, añadió:

—Aceptad, aceptemos la protección de este noble caballero. Ahí tenéis al preboste que se asoma á la muralla, temeroso, sin duda, de que nos haya ocurrido algo.

Cogió Colomba el brazo de Benvenuto, y los tres juntos anduvieron hasta llegar á dos pasos de la puerta. Allí se detuvo Cellini, y oprimiendo con cada uno de sus brazos los de Colomba y la dueña, como si temiera que pudieran arrebatarlos, dijo en voz alta:

—Señor preboste, aquí tenéis á vuestra hija, que desea entrar; confío en que le abriréis la puerta, é menos que preferáis dejar entre las manos de vuestros enenigos tan encantador rehén.

Más de veinte veces, desde hacía dos horas, había pensado el preboste en su hija, á quien tan imprudentemente dejara salir y que no sabía cómo podría entrar. Confiaba en que, advertida oportunamente, iría á esperarle al Chatelet, cuando vió que Cellini, separándose de sus compañeros, se acercaba á dos mujeres y que estas mujeres eran Colomba y su dueña.

—¡Qué imprudente!—gruñó el preboste—. ¡No me es posible dejarla en poder de esos herejes.

Luego, levantando la voz, añadió, al mismo tiempo que abría el ventanillo:

—Vamos á ver. ¿Qué pretendéis?

—He aquí mis condiciones—contestó Benvenuto—. Dejaré entrar á la señorita Colomba y á su dueña y vos saldréis con todos vuestros hombres para que luchemos á campo abierto. Los vencedores quedarán dueños del palacio, y los vencidos ¡*voe victis!* como decía vuestro compatriota Breno.

—Acepto—contestó el preboste—, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Vos y vuestros hombres os separaréis para dar tiempo á que entre mi hija y salgan mis soldados.

—Conforme; pero salid vosotros primero, y la señorita Colomba entrará después; luego, cuando ella haya entrado, y para impedirlos la retirada, tiraréis la llave de la puerta por encima de la muralla.

—Convenido.

—¿Palabra?

—Palabra de honor.

—¿No me dáis la vuestra?

—Palabra de Benvenuto Cellini

Se abrió la puerta; salieron los soldados del preboste, formaron en dos filas con Roberto de Estourville al frente. Eran diez y nueve entre todos. Benvenuto no tenía más que ocho combatientes, pues, como sabemos, se habían separado de él Ascanio, Hermann y Santiago Aubry; además, Simón el Zurdo estaba herido; pero Benvenuto, que había atacado á Pompeyo no obstante los doce esbirros que le custodiaban, no era hombre que se parase á calcular el número de sus enemigos. Cumplió, pues, su promesa, con alegría, porque sólo deseaba un combate general y decisivo.

—Ahora podéis entrar en vuestra casa—dijo á Colomba.

Esta atravesó la distancia que separaba ambos campos enemigos, ligera como el ave cuyo nombre llevaba, y se echó en brazos de su padre. llorando, al mismo tiempo que le decía:

—¡Padre mío, por Dios, no os expongáis!

—¡Vete á casa!—dijo el preboste bruscamente, cogiéndola por un brazo y llevándola hacia la puerta—. ¡Tus tonterías son las que me traen á esta lamentable situación!

Entró Colomba seguida por la señora Perrine, á quien el miedo, si no había dado alas como á su linda compañera, le había dado ligereza de piernas. El preboste cerró la puerta.

—¡La llave, la llave!—gritó Cellini.

Cumpliendo fielmente lo prometido, Estourville sacó la llave de la cerradura y la tiró por encima de la muralla de modo que cayese en el patio.

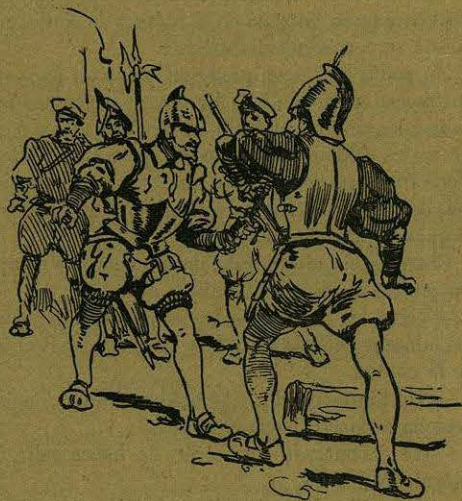
—Ahora—exclamó Benvenuto acometiendo al preboste y á su tropa—, cada uno para sí y Dios para todos.

Prodújose una confusión terrible, pues antes de que los soldados del preboste hubiesen tenido tiempo de bajar sus armas para hacer fuego, Benvenuto, con sus auxiliares, los había arrollado, tajando á derecha é izquierda con aquella terrible espada que manejaba tan hábilmente y que, habiendo sido templada por él mismo, era tan fuerte, que pocas cotas de malla y pocas corazas podían resistirse á ella.

Los soldados tiraron á un lado sus arcabuces, que ya les eran inútiles; desenvainaron sus espadas y las esgrimieron á su vez. Pero, á pesar de su número, pronto se vieron diseminados, y dos ó tres de ellos, heridos gravemente, tuvieron que abandonar el campo. El preboste advirtió el peligro, y como era hombre valiente se lanzó al encuentro de aquel terrible Benvenuto, ante quien todos cedían.

—¡A mí!—gritó—. ¡A mí, infame; decidamos la lucha los dos solos!

—No deseo otra cosa, señor Estourville, y si queréis decir á vuestros soldados que no nos interrumpen, estoy dispuesto á que nos batamos.



Cellini y el preboste, espada en mano, se atacaron mutuamente:

—¡Quietos todos!—dijo el preboste.

—¡Que nadie se mueva!—gritó Cellini.

Silenciosos é inmóviles, como aquellos guerreros de Homero que interrumpían la lucha para presenciar atentamente la de sus jefes famosos, los combatientes de ambos bandos permanecieron en el sitio en que se encontraban. Cellini y el preboste, espada en mano, se atacaron mutuamente. El preboste era muy hábil en el manejo de las armas, pero Cellini era de primera fuerza. Hacía diez ó doce años que el preboste no había tenido ocasión de desenvainar la espada, y en cambio, Benvenuto no había dejado pasar un solo día sin ejercitarse. Desde el primer momento, Estourville, que había confiado con exceso en sí mismo, reconoció la superioridad de su adversario. También Benvenuto encontró una resistencia que no sospechaba y desplegó toda la energía, toda la agilidad, toda la astucia de que era capaz. Era admirable ver cómo su espada, que parecía el triple dardo de una serpiente, amenazaba á un tiempo la cabeza y el corazón; volteaaba sin cesar y no dejaba á su adversario más que el tiempo de parar las estocadas, sin que le fuera posible asestar ninguna. Comprendiendo el preboste que su enemigo era mucho más fuerte que él, empezó á retroceder de tal modo, que al cabo de pocos pasos dió con las espaldas en la



Catalina, hincándose de rodillas, le preguntó si necesitaba una criada.

puerta, refugio que había buscado instintivamente, aun cuando no olvidara que había arrojado la llave por encima de la muralla.

En aquel punto el preboste comprendió que estaba perdido, y del mismo modo que un jabalí, acosado por los perros, se defiende á la desesperada, reunió todas sus fuerzas y asestó á Cellini tres ó cuatro estocadas tan rápidas, que éste tuvo que interrumpir el ataque para defenderse. Una vez paró un golpe algo tarde, y á pesar de la cota de malla, la punta de la espada de Estourville le rozó el pecho; entonces, como el león herido que busca pronta venganza, Benvenuto dirigió al preboste una estocada tan terrible, que le hubiera atravesado de parte á parte á no ser porque, abriéndose la puerta en aquel momento, el padre de Colomba, privado de su apoyo, cayó de espaldas, y el arma de Benvenuto fué á herir al que había salvado al preboste abriendo la puerta tan inopinadamente.

Contra lo que debía esperarse, el herido permaneció callado, y Benvenuto dió un grito terrible. Había reconocido en su víctima á Ascanio. No vió ya ni á Hermann ni á Santiago Aubry, que estaban detrás del herido. Se precipitó como un loco hacia el joven, buscando con los ojos, con la mano y con la boca la herida y gritando:

—¡Le he matado, le he matado! ¡Ascanio, hijo mío! Y rugía y lloraba como los leones deben llorar y rugir.

Entretanto, Hermann sacaba al preboste sano y salvo de entre los pies de Ascanio y de Cellini, lo cogía bajo el brazo, como si hubiera sido un niño, y lo encerraba en el cuartito donde el jardinero Raimbault acostumbraba á guardar sus herramientas, desenvainaba la espada y se ponía de centinela dispuesto á defender á su prisionero contra quien hubiera intentado arrebatárselo.

Aubry, desde lo alto de la muralla, gritaba blandiendo su puñal:

—¡Victoria, victoria! ¡El palacio de Nesle es nuestro!

X

VENTANAS DE LAS FORTIFICACIONES

El palacio de Nesle, en la parte que lindaba con el *Pré-aux-Clercs* estaba doblemente defendido por las murallas y por los fosos de la ciudad; tan bien defendido, que tenía fama de inexpugnable. Ascanio había supuesto razonablemente que no se suele pensar en defender lo que no parece estar amenazado, y había resuelto intentar el ataque por el punto en que estaba descuidada la resistencia.

Con este propósito se alejó con su amigo Santiago Aubry, sin sospechar que en el momento en que él se iba por un lado, su adorada Colomba aparecía por el otro y facilitaba á Benvenuto el medio de obligar al preboste á hacer una salida, no obstante el temor que esto le inspiraba.

El proyecto de Ascanio era de escabrosa ejecución y de peligrosas consecuencias; había que salvar un foso profundo, y escalar una muralla de veinti-

cinco pies de altura, para caer tal vez en medio de los soldados enemigos. Así fué que, cuando llegó á la orilla del foso, comprendió las dificultades de su empresa, y tuvo un momento de vacilación.

Santiago Aubry se había detenido á diez pasos de distancia de su amigo y miraba alternativamente á la muralla y al foso. Después de medir una y otra con la vista, dijo á Ascanio:

—Querido amigo: haz el favor de decirme para qué me has traído aquí; pues como no haya sido para pescar ranas, no acierto á explicármelo... ¡Ah! Estás mirando tu escala... ¡Muy bien! Ya comprendo. Pero tu escala sólo tiene doce pies de larga, en tanto que la muralla mide veinticinco, y el foso diez. Hay una diferencia de veintitrés pies, si no me equivoco.

Ascanio se quedó estupefacto ante la exactitud de esta observación, pero luego, dándose un golpe en la frente, exclamó:

—¡Oh, qué idea! ¡Mira!

—¡Qué!

—¡Allí, mira, allí!

—Pero lo que me enseñas no es una idea, sino una encina.

En efecto, en la orilla exterior del foso se veía una sólida encina, cuya copa se elevaba hasta lo alto de las murallas de Nesle.

—¡Cómo! ¡No comprendes?

—¡Sí, sí! ¡Ya comprendo! Ya empiezo á comprender por lo menos. La encina forma una especie de arco con la muralla, y el espacio que falta puede complementarse con la escala; pero el abismo que hay entre la muralla y el árbol está lleno de lodó y hay que tener mucho cuidado de no caer en él. Ya ves, tengo puesta la ropa nueva, y no puedo esperar que me conceda nuevo crédito el marido de Simona.

—Solo te pido que me ayudes á subir la escala.

—¡Eso es! Y que me quede abajo. ¡Gracias!

Encaramáronse ambos al mismo tiempo á una rama del árbol, y uniendo sus esfuerzos subieron la escala, logrando llegar con ella hasta lo más alto de la copa. Una vez allí la colocaron á manera de puente levadizo, y vieron con alegría que en tanto que uno de sus extremos descansaba en una rama del árbol, el otro se apoyaba en el borde de la muralla, y aún sobaban dos ó tres pies al otro lado.

—Bueno. ¿Y cuando estemos en el muro?...—dijo Aubry.

—Cuando estemos en el muro tiraremos de la escala y bajaremos por ella.

—No está mal pensado, pero hay una pequeña dificultad: que el muro tiene veinticinco pies de alto y la escala sólo tiene doce.

—Está previsto el caso—dijo Ascanio desenrollando la cuerda que llevaba arrollada al cuerpo. Luego la ató por un extremo al tronco del árbol y arrojó el otro extremo por encima de la muralla.

—¡Ah, grande hombre! ¡Ya te comprendo!—exclamó Aubry—. Y además tengo á mucha honra exponer mi vida por ti.

—¿Qué haces?

—Pasar al otro lado—contestó Aubry disponiéndose á hacer lo que decía.

—No lo permito; he de pasar yo el primero.

—Lo echaremos á suertes; al dedo mojado—dijo

Aubry presentando á su amigo la mano con tres dedos extendidos y los otros encogidos.

—Sea como quieras—contestó Ascanio tocando uno de los dos dedos.

—Has ganado. Pasa, pero ve con cuidado. Mira lo que haces.

—Está tranquilo—dijo Ascanio, comenzando á pasar por el improvisado puente, que Santiago Aubry mantenía en equilibrio haciendo peso en el extremo apoyado en la encina. La escala era bastante frágil, pero Ascanio pesaba poco; una vez creyó Aubry que su amigo se tambaleaba, pero el discípulo de Benvenuto anduvo rápidamente los cuatro pasos que le separaban de la muralla, y llegó sano y salvo. Ya allí corría aún grave riesgo si le veía alguno de los sitiados, pero Ascanio no se había equivocado en sus cálculos, y dirigiendo una mirada rápida á los jardines del palacio, se convenció de que por allí no había alma viviente.

—¡No hay nadie!—dijo á su compañero—. ¡Nadie!

—Entonces, allá voy.—Y pasó á su vez por el estrecho y vacilante camino aéreo, que Ascanio sujetaba en la muralla prestando á Aubry el mismo servicio que acababa de recibir de él.

Pronto estuvieron juntos los dos, y entonces, poniéndose á horcajadas sobre el muro, tiraron hacia sí de la escala, atáronla con el extremo de la cuerda cuyo otro extremo estaba atado al árbol y la dejaron caer á lo largo de la muralla, colocándola de modo que les diera sólido apoyo. Ascanio, que había ganado el privilegio de prioridad, bajó deslizándose por la cuerda hasta encontrar la escala, y pocos momentos después ponía el pie en tierra firme.

Santiago Aubry le siguió con igual éxito, y ambos se reunieron en el jardín. Una vez juntos convinieron en que era indispensable proceder con rapidez. Las maniobras que dejamos descritas habían exigido bastante tiempo, y Ascanio temía que su ausencia y la de su compañero hubieran perjudicado al desarrollo de los planes de Cellini. Desenvainaron sus espadas y se encaminaron hacia la puerta que daba al primer patio, donde debía encontrarse la guarnición, suponiendo que no hubiera cambiado de sitio. Al llegar á la puerta, Ascanio aplicó un ojo á la cerradura, y vió que el patio estaba desierto.

—Benvenuto ha logrado lo que se proponía, obligando á salir á la guarnición. El palacio es nuestro—dijo Ascanio, é intentó abrir la puerta sin poder conseguirlo, porque estaba cerrada con llave.

Los dos amigos trataron inútilmente de derribar la puerta.

—¡Por aquí! ¡Por aquí!—dijo una voz cuyas vibraciones conmovieron hasta lo más íntimo del corazón de Ascanio—. ¡Por aquí, caballero!

Volvió la cara el joven y vió á Colomba asomada á una ventana del piso bajo. En dos saltos llegó á su lado.

—¡Ah, ah!—exclamó Aubry—. Parece que tenemos inteligencias en el interior de la plaza. No me habías dicho nada.

—¡Salvad á mi padre, caballero Ascanio!—suplicó la joven sin manifestar extrañeza al ver allí á su adorador—. Se están batiendo, ¿ois? se están

batiendo ahí fuera, y es por mí, por mi culpa. ¡Impedid que le maten!

—Podéis estar tranquila—contestó Ascanio saliendo apresuradamente de la habitación por una puerta que daba al patio pequeño—. Respondo de todo.

—Estad tranquila—repitió Santiago Aubry, siguiendo las huellas de su amigo—. Respondemos de todo.

Al llegar al umbral de la puerta, oyó Ascanio que le llamaban otra vez, pero el sonido de esta voz era mucho menos suave que el de la otra.

—¿Quién me llama?

—Yo, mi amigo—repitió la misma voz con un acento alemán inconfundible.

—¡Pardiez!—dijo Aubry—, es nuestro Goliath. ¿Qué hacéis en ese gallinero?

El alemán estaba, efectivamente, encerrado en un estrecho aposento destinado á las aves de corral durante la noche.

—No sé cómo me han traído aquí. Descorred el cerrojo para que pueda reunirme con vosotros.

—Ya voy—dijo Aubry haciéndolo.

Entretanto Ascanio se acercaba á la puerta del muelle, al través de la cual se oía un terrible chocar de espadas. Cuando no le separaba de los combatientes más que el espesor de la puerta de madera, temió caer en poder de sus enemigos si se presentaba inopinadamente, y miró antes por el ventanillo. Entonces vió á Cellini, furioso, formidable.

Comprendió que el preboste estaba perdido, y recogiendo la llave, que vió caída en el suelo, abrió la puerta rápidamente, sin pensar en otra cosa que en la promesa que había hecho á Colomba, y recibió, como hemos dicho, la estocada que, á no ser por él, hubiera atravesado á Roberto de Estourville de parte á parte.

Ya hemos visto cuál fué la consecuencia de este suceso: Benvenuto, desesperado, se echó en brazos de Ascanio; Hermann encerró al preboste en la prisión de donde él acababa de salir, y Santiago Aubry, encaramado sobre la muralla, batía palmas y cantaba victoria.

El triunfo, efectivamente, era completo; los soldados del preboste, al ver prisionero á su jefe, rindieron armas sin intentar siquiera salvar á Estourville; los obreros de Benvenuto entraron en el patio del palacio de Nesle, que ya era suyo, y cerraron la puerta dejando fuera á los soldados.

Benvenuto no había intervenido en nada de esto, pues tenía en sus brazos á Ascanio, á quien había quitado la cota de malla, destrozándole además el jubón hasta poner al descubierto la herida, cuya sangre restañaba con su pañuelo.

—¡Ascanio, hijo mío! ¡Herido! ¡Herido por mí! ¿Qué dirá tu madre desde el cielo? ¡Perdón, Estéfana, perdón! ¡Te hago daño? ¡Y la sangre no deja de brotar! ¡Pronto! ¡Que vayan á buscar á un cirujano! ¡No hay quien quiera ir á buscar á un cirujano!

Santiago Aubry se marchó corriendo.

—No es nada, querido maestro—dijo Ascanio—, Sólo me molesta un poco el brazo. No os apuréis; os repito que no es nada.

Al poco tiempo, el cirujano, acompañado por

Aubry, que había ido á buscarle, llegó, examinó la herida, dijo que no era grave, é hizo la primera cura cuidadosamente.

—¿Qué peso me quitáis de encima, señor cirujano!—dijo Benvenuto—. ¡Gracias á Dios, hijo mío—continuó dirigiéndose á Ascanio—, no soy tu asesino! ¿Pero qué tienes? Tu pulso late muy deprisa; te estás poniendo encendido... Señor cirujano, hay que sacarle de aquí; se está poniendo febril.

—No, no, maestro; al contrario; estoy mucho mejor. Dejadme aquí, os lo suplico.

—¿Y mi padre?—dijo á espaldas de Benvenuto una voz que le hizo estremecer—. ¿Dónde está mi padre? ¿Qué ha sido de él?

Cellini se volvió y se encontró frente á Colomba, pálida é inmóvil, que buscaba á su padre con la mirada al mismo tiempo que preguntaba por él con la voz.

—Está sano y salvo, señorita; sano y salvo, gracias á Dios—exclamó Ascanio.

—Gracias á este pobre muchacho que ha recibido la estocada que aseté al preboste—interrumpió Benvenuto—. Bien podéis decir que os ha salvado la vida, señor preboste... Pero ¿dónde estáis? ¿dónde está el señor de Estourville?—continuó Cellini buscando también con la mirada al padre de Colomba, cuya desaparición no acertaba á explicarse.

—Está aquí, maestro—gritó Hermann.

—¿Dónde?

—En este encierro.

—¡Señor Benvenuto!—imploró la amada de Ascanio, dirigiéndose hacia el sitio indicado por Hermann y haciendo un gesto de súplica y de reproche á un tiempo.

—Abrid, Hermann—dijo Cellini.

El alemán abrió y el preboste apareció en el umbral de su improvisada cárcel, muy humillado por su desventura. Colomba se arrojó en sus brazos.

—¡Oh, padre mío, padre mío! ¿No estáis herido? ¿No tenéis nada?—exclamó Colomba mirando á Ascanio al pronunciar estas últimas palabras.

—No—contestó el preboste con su voz ruda—, no; no me ha pasado nada, gracias al cielo.

—Y... y... ¿es verdad, padre mío, que ha sido este joven...?

—No puedo negar que llegó oportunamente.

—Oportunamente para recibir la estocada que os aseté, señor preboste. Sí, señorita Colomba—añadió el orfebre—; vuestro padre debe la vida á este valiente muchacho, y si no lo proclama en voz alta, será no solo un embustero sino un ingrato.

—Confío en que no estará herido de gravedad—se atrevió á decir Colomba ruborizándose.

—Hubiera dado mi vida gustoso, señorita—dijo Ascanio.

—Ya veis, señor preboste, qué ternura inspiráis á la gente.

—Pero mi Ascanio puede agravarse permaneciendo aquí; ya le han hecho la primera cura y me parece que lo que más falta le hace es descansar.

Lo que Cellini había dicho al preboste acerca del servicio que acababa de prestarle el herido, era la pura verdad; y como toda verdad lleva su fuerza en sí misma, el preboste no pudo negar en lo íntimo

de su corazón que debía la vida á Ascanio, y lo confesó y dijo afablemente, acercándose á él:

—Joven, pongo á vuestra disposición una cámara de mi palacio.

—¿De vuestro palacio?—replicó sonriéndose Benvenuto, cuyo buen humor reaparecía á medida que se disipaban sus temores acerca de Ascanio—. ¿Vuestro palacio? ¿Queréis acaso que reanudemus la pelea?

—¿Pretendéis vos expulsarnos á mi hija y á mí?—Nada de eso. Ocupáis el palacete y no me opongo á que continuéis en él. Al contrario, deseo que vivamos en paz, como buenos vecinos. Pero en cuanto á nosotros habéis de resignaros á que Ascanio se instale en el palacio principal, donde nos reuniremos con él esta misma tarde. ¡Sí preferís la guerra...!

—¡Oh!

—¡Oh, padre mío!—dijo Colomba.

—No; la paz—contestó el preboste.

—No hay paz sin condiciones, señor Estourville. Tened la bondad de venir conmigo al palacio, ó hacédme el obsequio de recibirme en el palacete, y discutiremos nuestro tratado de paz.

—Iré con vos.

—Perfectamente.

—Colomba—dijo Roberto de Estourville á su hija—. Hazme el favor de volverte á casa, y espérame allí.

Colomba se despidió dando á besar la frente á su padre, y saludando con la mirada á todos los presentes, para que también Ascanio tuviese su parte en el saludo, se retiró.

Ascanio la siguió con los ojos hasta que hubo desaparecido. Luego, como nada le obligaba á permanecer en el patio, solicitó que le llevaran al edificio. Hermann le cogió en brazos como si hubiera sido un niño y le transportó al palacio.

Benvenuto á su vez se puso en movimiento, y dijo al preboste, que había seguido con la mirada á su hija:

—Hacéis bien en alejar á la señorita Colomba, pues su presencia hubiera podido ser perjudicial para mis intereses, al hacerme olvidar mi cualidad de vencedor para recordarme solo mi condición de artista, es decir, de enamorado de toda forma perfecta y de toda belleza divina.

Roberto de Estourville correspondió á esta fineza con una mueca medianamente afable, y siguió al orfebre sin manifestar abiertamente su mal humor, pero gruñendo por lo bajo. Benvenuto, para acabar de mortificarle, le invitó á visitar en su compañía su nueva vivienda. La invitación fué formulada con tanta amabilidad que no había medio de negarse, y el preboste, de buena ó de mala gana hubo de seguir á su nuevo vecino, que no le perdonó ni un palmo de terreno del jardín, ni un rincón del palacio.

—Todo esto es magnífico—dijo el orfebre cuando acabaron la visita, que había inspirado á cada uno de ellos un sentimiento muy distinto—. Ahora, señor preboste, es cuando me explico y disculpo vuestra obstinación en negaros á salir de aquí; pero no creo necesario deciros que seréis muy bien recibido siempre que os dignéis visitar mi humilde casa.

—Olvidáis que sólo he venido para oír vuestras proposiciones y deciros las mías.

—Estoy á vuestras órdenes. Si me permitís que os comunique ahora mismo mis deseos, podréis manifestarme en seguida los vuestros.

—Hablad.

—Ante todo, la cláusula fundamental.

—¿Cuál es?

—Héla aquí:—«Art. 1.º El señor Roberto de Estourville, preboste de París, reconoce el derecho de Benvenuto Cellini á la propiedad del palacio de Nesle y se la cede libremente, renunciando para siempre á ella en su nombre y en el de los suyos.»

—Aceptad. Pero si el rey quiere desposeeros de lo que me ha desposeído á mí, queda bien entendido que yo no seré responsable de ello.

—¡Oh!—dijo Cellini—. Eso debe ocultar alguna segunda intención, señor preboste. Pero no me importa; yo sabré conservar lo que he conquistado. Adelante.

—Ahora me toca á mí.

—Es justo.

—«Art. 2.º Benvenuto Cellini se compromete á no realizar ninguna tentativa para apoderarse del palacete, que es y sigue siendo propiedad de Roberto de Estourville. Además no tratará de penetrar en dicho palacete ni como vecino ni con pretextos amistosos.»

—Sea. Aunque la cláusula resulta poco agradable. Pero quede bien entendido que si se me abre la puerta, yo no he de ser tan grosero que me niegue á entrar.

—Ya daré yo las órdenes oportunas para evitar esa posibilidad.

—Sigamos.

—«Sigo. «Art. 3.º El primer patio, situado entre el palacio y el palacete, será común á ambos edificios.»

—Es muy justo, y no me negaréis la justicia de creer que si la señorita Colomba desea salir, yo no he de tenerla prisionera.

—Estad tranquilo. Mi hija entrará y saldrá por una puerta que mandaré abrir; sólo quiero reservarme un desahogo para la carroza y los carros de carga.

—¿Nada más?

—Nada más. A propósito; supongo que me dejaréis llevarme mis muebles.

—Es natural. Vuestros muebles os pertenecen como el palacio me pertenece á mí. Ahora, señor preboste, una cláusula adicional y... benévola.

—Decidla.

—«Art. 4.º y último. Roberto de Estourville y Benvenuto Cellini deponen todo rencor y convienen en una paz leal y sincera.»

—Accedo, pero siempre que ese convenio no me obligue á prestaros socorro ni ayuda en caso de que seáis atacado. Consiento en no perjudicaros, pero no quiero comprometerme á servirlos en nada.

—Debéis estar persuadido, señor preboste, de que sabré defenderme sólo. De modo que si no se os ocurre más que esa objeción, podemos firmar cuando gustéis.

—Firmemos—contestó Estourville suspirando. Así lo hicieron ambos, guardándose cada uno un

ejemplar del convenio, y el preboste se retiró en seguida al palacete, pues estaba impaciente por regañar á Colomba por la imprudencia de su salida de por la mañana. Colomba bajó la cabeza y le dejó hablar sin oír uno solo de sus gruñidos, porque todo el tiempo que duraron estuvo preocupada con un solo deseo: el de pedir á su padre noticias de Ascanio. Inútil esperanza, pues por más esfuerzos que hizo ella, no logró que saliera de sus labios el nombre del herido.

Mientras á un lado de la muralla ocurría cuanto acabamos de relatar, al otro lado Catalina, á quien se había ido á buscar, entraba en el palacio de Nesle y con su encantadora movilidad se echaba en brazos de Cellini; estrechaba la mano de Ascanio, daba la enhorabuena á Hermann, se burlaba de Pagolo, reía, lloraba, cantaba, preguntaba, todo á un tiempo. También ella había experimentado terribles angustias; el ruido de los disparos había llegado á sus oídos, interrumpiendo con frecuencia sus oraciones. Por fin, todo había salido bien, pues aparte de cuatro muertos y tres heridos el resto de los combatientes había salido indemne de la batalla, y los vencedores no echaron de menos para celebrar su triunfo, la alegría de Seozone.

Cuando el alboroto promovido por la llegada de Catalina se hubo calmado, recordó Ascanio el motivo que había hecho llegar á su compañero Aubry tan á tiempo para auxiliarle, y volviéndose hacia Benvenuto, dijo:

—Maestro, este es mi camarada Santiago Aubry, al cual había invitado yo á jugar hoy en el palacio de Nesle un partido de pelota. Reconozco sinceramente que no me encuentro en situación de ser su *partner*, como dice nuestro amigo Hermann; pero nos ha ayudado Aubry tan eficazmente, que me atrevo á duplicaros que me reemplacéis en el juego.

—Con mucho gusto—dijo el maestro—. Preparaos á perder, Aubry.

—Ya veremos, ya veremos, señor Cellini.

—Y como luego cenaremos juntos, os advierto que el que gane tiene que beber dos botellas más que el perdidoso.

—Eso quiere decir que me sacarán de aquí completamente ebrio. ¡Viva la alegría! ¡Ah, diablo! Y Simona que me espera... ¡Bah! Ya la esperé yo también el domingo pasado; ¡alguna vez le ha de tocar á ella!

XI

BUHOS, URRACAS Y RUISEÑORES

Como aquel día era domingo, Benvenuto, para santificar la fiesta, no hizo más que jugar á la pelota, descansar luego y recorrer otra vez su nueva vivienda; pero al día siguiente comenzó la mudanza, que, con ayuda de sus nueve compañeros, quedó terminada en cuarenta y ocho horas. Al tercer día después del combate, Benvenuto había reanudado su trabajo con la misma tranquilidad que si nada hubiese ocurrido.

Cuando el preboste se vió definitivamente derrotado y supo que Cellini, con su taller, sus obreros y sus útiles se había instalado definitivamente en el pa-

lacio de Nesle, comenzó á rumiar su venganza. Esta- ba pensando lo más interesante de su plan cuando, la mañana de aquel mismo tercer día, es decir, del miércoles, le sorprendió el vizconde de Marmagne, que no quería privarse del triunfo de vanidad que tanto agrada á todos los cobardes y los malvados conseguir á costa de los dolores de los demás.

—¿Os habéis convencido?—dijo Marmagne al acercarse á Estourville—. ¿Véis cómo era cierto lo que os dije?

—¿Sois vos, vizconde? Buenos días.

—¿Tenía yo razón, ó no?

—Sí, sí. ¿Estáis bueno?

—Por lo menos no tendréis nada que echarme en cara en este desgraciado asunto.

—¿Ha vuelto el rey al Louvre?

—Y eso que lo tomábais á broma. ¡Un obrero! decíais, ¡un miserable obrero! ¡estaría de ver! Ya lo habéis visto.

—Os pregunto si ha regresado su majestad de Fontainebleau.

—Sí; y ha sentido mucho no estar en París el domingo para presenciar desde una de las torres del Louvre la victoria de su orfebre sobre su preboste.

—¿Qué se dice en la corte?

—Que habéis sido completamente derrotado.

—¡Hum, hum!—dijo Estourville, á quien aquella conversación sin ton ni son comenzaba á impacientar.

—¿Y es verdad que os ha vencido ignominiosamente?

—Pero...

—Os mató dos hombres, ¿no es cierto?

—Creo que sí.

—Si queréis reemplazarlos puedo ofreceros dos valientes, dos italianos, consumados espadachines, que se harán pagar bien, pero que son hombres de toda confianza. Si los hubiérais tenido á vuestro lado, tal vez no hubiese ocurrido lo que ocurrió.

—Ya veremos; por ahora no resuelvo nada. Si no los tomo para mí, los tomaré para mi yerno el conde de Orbec.

—Digan lo que digan, me cuesta mucho trabajo creer que Benvenuto os haya zurrado personalmente.

—¿Quién dice eso?

—Todo el mundo. Unos, como yo, se indignan; otros, como el rey, se ríen.

—Aún no hemos acabado.

—Ha sido una equivocación vuestra eso de enzarzaros con un villano, por una vil cuestión de intereses.

—Ahora pelearé por el honor.

—Si se hubiera tratado de una amante, podía pasar, nadie os negaría el derecho de hacer armas contra semejanje gente; pero por el disfrute de una finca...

—El palacio de Nesle es una finca regia.

—Conformes. Pero exponerse á ser castigado por un granuja es pagarla demasiado cara.

—Se me ocurre una idea, Marmagne—dijo el preboste, que ya no podía contenerse más tiempo—. Como sé que me sois tan adicto, quiero prestaros un servicio de amigo y me congratulo de haber encontrado la ocasión oportuna. Para vuestra condieión de noble y de secretario del rey, hay que convenir

en que estáis muy mal instalado en la calle de la Huchette. Pues bien; yo había pedido para un amigo mío á la duquesa de Etampes, que como sabéis no me niega nada, alojamiento en uno de los palacios del rey, á elección de mi amigo. Lo conseguí, aunque con alguna dificultad, pero ahora sucede que el amigo de que os hablo se ha visto obligado á irse á España. Dispongo, pues, de cartas del rey en las que se otorga el derecho de alojamiento, y como no puedo utilizarlo para mí mismo, os lo ofrezco. ¿Lo queréis? me alegraré mucho de poder recompensar de este modo vuestros servicios y vuestra amistad.

—Querido Estourville, ¡qué gran servicio me hacéis! Tan cierto es que estoy miserablemente instalado, que me he quejado de ello al rey más de veinte veces.

—Sólo os impongo una condición.

—¿Cuál?

—Que, puesto que podéis elegir entre los palacios reales, elijáis el de Nesle.

—¡Ah! Vuestra oferta era un lazo.

—Nada de eso, y la prueba es que aquí tenéis el documento firmado por su majestad, con los blancos necesarios para consignar los nombres del beneficiario y la designación del palacio. Yo voy á escribir en el lugar correspondiente «Palacio de Nesle», y os dejo en libertad de poner luego los nombres que queráis.

—Pero, ¿y ese endiablado Benvenuto?

—No está prevenido; antes al contrario, está confiadísimo porque hemos firmado un convenio, de modo que todo el que quiera entrar encontrará las puertas abiertas de par en par, y si tiene el acierto de entrar en un domingo encontrará la casa vacía. Por otra parte, no se trata de expulsar á Benvenuto, sino de compartir con él el disfrute del palacio de Nesle, que es lo bastante grande para que puedan vivir en él con comodidad tres ó cuatro familias. Benvenuto atenderá á razones. De modo que, ¿qué decidís?

—Voy á escribir mi nombre y mis títulos en ese documento.

—Pensadlo bien antes, pues Benvenuto es mucho más temible de lo que podáis creer.

—¡Bah! Voy á contratar á los dos espadachines de que antes os hablé, y ayudado por ellos iré un domingo á sorprenderle.

—¿Cómo! ¿Váis á enzarzaros con un villano por cuestión de intereses?

—El vencedor tiene razón siempre. Además vengaré á un amigo.

—Os deseo buena suerte. Pero ya estáis advertido, Marmagne.

—Gracias, muchas gracias. Os las doy por el obsequio y por el aviso.

Y Marmagne, satisfechísimo, se guardó el documento en el bolsillo y se fué en busca de los espadachines.

—Está bien—dijo el preboste al quedarse solo, frotándose las manos y siguiendo al vizconde con la mirada—. Tiene que suceder una de dos cosas; ó el vizconde me venga de la derrota que me ha infligido Benvenuto, ó Benvenuto me venga de los sarcasmos del vizconde. En cualquiera de ambos casos la ventaja es para mí, pues habré convertido en enemigos